XXXII Domingo Tiempo ordinario

1 Reyes 17, 10-16; Hebreos 9, 24-28; Marcos 12, 38-44

«Esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía»

7 noviembre 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Le pido a Dios la gracia para perdonar a los que me han hecho daño. Dios me mira conmovido. Sabe la grandeza que esconden mis miedos. Y me susurra cuánto me quiere»

Me cuesta el color de la muerte, el olor de la ausencia, la frialdad de la pérdida. Tiene la muerte más noche que amanecer. Más oscuridad que luz. Más silencio que palabras. Me asusta su paz sin vida, su soledad sin compañía. Me intimida el vacío que deja el partir la persona amada. No se cómo se hace para superar su partida. Nada reemplaza su ausencia, nada llena lo que ahora me falta. No sé cómo se hace para estar alegre sin sentirme culpable por haber perdido lo que tanto amaba. Por no haber tenido esa conversación esperada. Por haber demorado mis muestras de afecto. Por no haberle dicho lo más importante, por haber herido, por haber fallado, por haber sido infiel al amor recibido. Llega la muerte y se lleva la oportunidad de enmendar mis pasos. Y surge la culpa. O simplemente la ausencia duele muy dentro porque el amor toca, abraza, habla, sonríe. Y la ausencia de todo eso trastoca mis pasos. Me dicen que el tiempo todo lo cura. Pero yo no lo veo tan claro. Ojalá así fuera, y ojalá no hiciera falta tanto tiempo. Un mes, un año, una década. Puede que el tiempo amortigüe el dolor que ahora siento. Como un pañuelo que seca las lágrimas. Puede que nuevas melodías acallen el grito de mi alma que suplica presencia. Puede ser que el nuevo día me permita ver el sol dejando atrás las tinieblas. Y puede que mientras espero a que llegue el cielo mirando a las alturas sienta paz en mi alma. Todo puede ser. El dolor puede que mitigue. En eso confío. Mientras todo pasa o todo llega le doy gracias a Dios por lo vivido, por lo amado. Por las personas que un día me hicieron sentir especial. Por los que me ayudaron a crecer siendo niño. Por ese primer abrazo que sanó algo muy dentro, algo roto con lo que vine al mundo. Por esas palabras de intimidad que me despertaron a la vida y me hicieron sentirme único. Doy gracias a Dios por los días compartidos, por las noches vividas, por las luces y sombras del amor recibido. Evoco imágenes guardadas de la persona que se ha ido. Recuerdo sus pasiones, sus gustos, sus aficiones. Guardo como un tesoro sus frases predilectas o esa que me dijo en un momento difícil, aquel consejo, aquel halago. Guardo todo lo vivido como mi mayor tesoro. No quiero olvidar nada, porque el olvido total sí que es la muerte. Mientras lo recuerde sigue vivo dentro de mi alma. Y puedo seguir hablando con él en mi corazón mientras vivo a su lado, estando ya ausente. Le pido consejos, le cuento mi vida, le hablo de todo lo que a él le gustaría. Y sonrío, sé que él me sonríe. Y es que la muerte separa pero no logra cortar ese hilo invisible que me une para siempre con aquellos que he amado y me han amado. No hay olvido que pueda romper el vínculo. Permanece, eso sí, una honda nostalgia, una tristeza tenaz. Hay recuerdos en mi altar de muertos, ese altar lleno de colores, con flores naranjas, con comida y sueños. Hay vida al recordar la muerte. ¿No está hecha mi alma para la vida eterna? Claramente mi amor no nació para morir, sino para vivir siempre. Por eso hoy sonrío, me alegro y vivo. ¡Cómo no reír al recordar su risa, cómo no llorar al evocar su llanto! Hay un día en el año en el que el recuerdo me devuelve, por unas horas, a los que tanto he amado. Sé que es solo un préstamo, pero vale la pena vivir entre colores que me hablan de resurrección más que de muerte. Recibo en mi alma como un don sagrado el aliento aún vivo de los que he amado. Merece la pena amar para poder sufrir más tarde con un sentido. No quiero olvidar, no quiero enterrar todo lo vivido, porque estoy hecho de retazos de todos aquellos que caminan conmigo. Sonrío mientras lloro muy dentro. Me alegro mirando esas fotos que traen tantos recuerdos. En colores, en blanco y negro. Pienso en la comida que amaron, en la música que les alegró el alma, recuerdo lo que dijeron, lo que escribieron, medito en sus obras sagradas, en sus sueños aún vivos. No dejo de alegrarme en este día de colores por todo lo que he perdido y aún conservo vivo dentro de mi alma. Nunca muere del todo aquel a

quien yo amo. Perdura mágicamente delante de mis ojos. Anima mis pasos, sostiene mis miedos, empuja mi desaliento, vence mis resistencias a amar y dar la vida. Aunque me duela muy dentro siento que hoy están algo más vivos cuando pienso en mis muertos. Sus nombres, sus historias cobran vida delante de mis ojos. Estoy hecho para la vida, no para la muerte. Todo lo que hago es vivir. Mientras siga amando seguiré viviendo. No me canso de amar, merece la pena. Y guardo dentro de mí una nostalgia infinita de un cielo que un día vendrá a vivir en mí, muy dentro. Me da paz saber que en el día de muertos el tema es la vida. Esa vida pasada, nunca olvidada, siempre presente. Esa vida presente que es la que cuenta, en la que decido cómo llegar un día a mi propia muerte. **Y esa vida futura que es para siempre en ese cielo que añoro dentro del alma.**

La vida en comunidad es un don. Me alegra poder encontrar un lugar en el que descansar, una familia de hermanos con los que compartir la vida. Allí no tengo que ser de una determinada manera para que me acepten. No tengo que estar a la altura, ni decir la palabra correcta. En ese espacio sagrado en el que la amistad es posible puedo darme sin temor y me aceptan como soy. Allí soy reconocido en mi verdad, no me exigen que sea diferente. No importan ni mis cargos ni mis encargos, soy sólo un hermano más, no ese Padre que muchos ven desde lejos. Me conocen como soy, en mis defectos, en mis virtudes y me aceptan. No compito con mis hermanos. Así es la comunidad que sueño. Desde la que poder vivir. Así es la vida en familia que todos anhelan. Esa comunidad en la que crecer y desde la que poder ser fecundo. Por eso idealizo en ocasiones la comunidad. Quiero que sea perfecta y no siempre lo es. No quiero compararme con nadie ni querer ser lo que no soy. Soy original, soy único. Mis hermanos me admiran no por mis logros ni por mis éxitos, sino por mi persona. No valgo más cuando me alaban, ni menos cuando soy criticado. En los momentos de dolor me acompañan en silencio, compartiendo mis lágrimas. En los momentos de alegría se alegran conmigo. Saben lo que pienso y nunca interpretan ni mis gestos, ni mis palabras. No hablan mal de mí a mis espaldas y yo tampoco hablo de los demás juzgándolos. Sé que no es perfecta la comunidad que habito, no lo pretendo porque nada es perfecto, sólo en el cielo lo será. Aquí, desde que nazco, vivo la gracia y el pecado. Toco el sueño y la realidad. Siento el dolor y sufro las heridas. Pero sé que no habrá comunidad si yo no pongo mi parte, no habrá amor humano si yo no me entrego, no habrá familia si yo no la construyo con mis manos. No quiero preguntarme, como a veces hago, qué es lo que recibo. Si no recibo mucho, me frustro y enojo y busco otra comunidad, otra familia, otros amigos, otro grupo. O me quedo solo. Más bien es otra la pregunta: ¿Qué más puedo dar por mis hermanos? ¿Qué más puedo hacer para que la vida en común sea más plena? Si no me dejo complementar por mis hermanos no creceré, no seré mejor persona. Si veo a mi hermano como una amenaza me alejaré de él. Y si he sido herido al darme, tendré miedo de aportar lo mío, me asustará que me rechacen. Necesito ser más humilde y no pretender estar siempre en el centro. No busco ser reconocido cada día, por todo lo que hago, no importa que mi servicio quede oculto. No llevo cuentas del bien que hago, ni lo publico para que me agradezcan. Puede que se olviden de darme las gracias por lo que hago, pero no por ello dejo de servir con alegría. Puede que no estén atentos a mis necesidades, y no por ello dejo de preguntarle a mi hermano qué necesita que haga yo por él. Cuando me pongo en el centro, nada funciona, siento que sin mí nada sale bien y me duele que no me tomen en cuenta. Cuando aprendo a escuchar y callar, cuando mi amor son obras y no palabras, todo va mejor. Importa mucho el ambiente que hay en la comunidad, en mi casa, la atmósfera que se respira. Si hay una alegría sana, crezco, echo raíces y no tengo necesidad de buscar continuamente fuera de casa el amor que me falta. Creo en la comunidad porque en ella puedo descansar y encontrar la fuerza para cada día de entrega. No estoy solo en medio de las dificultades, no todo depende de mí, no vivo salvando al mundo yo solo con mis talentos. Me doy cuenta de lo frágil que es mi sacerdocio, mi corazón herido, y sé que sin vínculos hondos en algunos hermanos no puedo seguir adelante. Tengo hermanos ante los que no tengo que demostrar nada. Conocen mi historia, incluso mis pecados y me aceptan, me animan y están siempre a mi lado. No me cuestionan continuamente, no ponen en duda mi amistad, no me critican cuando no estoy presente. Amo esa comunidad en la que cada uno puede ser fiel a sí mismo sin tener que juzgar al resto. No tengo que hundir la imagen de mi hermano para brillar yo, no es necesario. Necesito ser fiel a mí mismo sin tener que parecerme a los demás. No hay moldes. Amo esa comunidad que enaltece, no ese ambiente en el que se critican con facilidad mis errores. Ojalá con mis manos, mis palabras, mi alegría y mi oración pudiera hacer que mi comunidad, mi familia, mi hogar, fuera cada vez más un

lugar de paz, de alegría y esperanza. Construir así un lugar en el que Dios y María estén presentes. Un hogar donde mis raíces encuentren tierra fecunda y pueda yo vivir sin turbarme, sin miedo a la vida, sin nada que esconder, con ganas de vivir en casa. **Una comunidad santa y pecadora a la vez**.

No sé si es que no puedo perdonar o es que no quiero hacerlo. Parece que prefiero permanecer lleno de rencor y no liberar a quien me hizo daño. Quizás no sepa el efecto que tuvieron sus palabras o actos en mí. Pero no importa, lo que no quiero es excusar su conducta, y no deseo que se sienta perdonado, libre ya de toda culpa. Si lo hago así, no va a aprender, no va a escarmentar. Va a pensar que la misericordia es más fuerte que el castigo y el pago por el daño causado. Leía el otro día: *«No es lo mismo perdonar que ser indulgente o que justificar o que tener misericordia o disculpar. Tampoco es posible perdonar si no hay un previo arrepentimiento por parte del perdonado. Pero qué sentido tiene perdonar o no hacerlo, dejar la afrenta aplanarse con el tiempo, desaparecer y olvidar cuando la muerte lo iguala todo, lo acalla todo, lo aplaca todo sin vuelta atrás, sin posibilidad ya de silenciar aquello que se dijo, de hablar lo que se silenció con la esperanza de encontrar un momento mejor, imposible ya justificar lo que se pretendía explicar, o rectificar lo erróneo, lo malo, lo deficiente. Perdonar para salvarse. Ésa era su única salida»*[1]. Perdono para salvarme. Quizás ahí se encuentra mi camino de salvación. Perdonar a los que me han hecho daño, a los que me han herido. Al que me ha traicionado, a aquel que me difamó o me criticó a mis espaldas. ¡Cuánto cuesta perdonar de verdad! ¿Es posible volver a confiar y amar después de haber sido traicionado y herido? No lo sé. El jarrón roto se puede recomponer pero nada vuelve a ser lo mismo que antes. La inocencia quebrada, la pureza mancillada, la confianza rota, la alegría quebrada. Tiene el alma una piel muy fina que la cubre, es sensible a cualquier violencia, a cualquier palabra agresiva. Y cuando me siento herido me cierro, me escondo dentro de mi alma y no estoy dispuesto a arriesgarme a salir. No quiero que me hagan daño. No quiero volver a ser herido. Y si el que me ha herido es aquel que me prometió amor y fidelidad eterna, ¿qué puedo hacer? Siempre hay varios caminos ante mí. Algunos me sanan, otros me enferman. El perdón siempre me sana, pero no es tan fácil. Porque ya nada es como al principio, cuando todo era puro e inocente, virgen e inexplorado. Roto todo dentro de mí no es tan sencillo recorrer los mismos pasos que ya di. Volver a empezar desde el principio parece imposible. ¿Es posible el perdón? La misericordia es una gracia que pido de rodillas. Quiero perdonar, quiero pasar página, quiero olvidar aun sabiendo que siempre recordaré lo ocurrido. No importa. y me perdono a mí mismo aunque no tenga ninguna culpa. Yo no provoqué el daño que he recibido. No hice nada para que me hirieran. Puedo pensar que sí, que alguna culpa tendré. Pero no es verdad. Me han herido o yo mismo he herido. No hay ninguna relación en el que la culpa sólo sea de uno de los dos. Mi cuota de culpa ha de ser perdonada. Me cuesta mucho perdonarme. Mi orgullo, la sensación que tenía de que yo podía. Cuando comienzo una aventura siempre creo que voy a poder. Es lo que me permite lanzarme al abismo. La confianza en mis fuerzas, en mis capacidades, en mis dones. La fe ciega en mí. Y luego no es posible, no puedo, no soy todopoderoso. Caigo, me desplomo y brota la desconfianza. Ya no puedo, es imposible. ¿Cómo voy a amar como antes al que me ha hecho daño? ¿Cómo van a poder amarme después de mi traición, de mi infidelidad, de mi deslealtad, de mi mentira, de mis palabras hirientes, de mi rabia y mi odio? Me parece imposible que alguien pueda perdonar todas mis ofensas. Y es que yo no me perdono. No tengo misericordia conmigo mismo. No puedo volver a creer en mí. Puede que incluso afloren en ocasiones sentimientos autodestructivos. Mejor acabar con todo cuando no puede hacer las cosas bien. Mejor un punto final que acabe con mi historia para que no siga así haciendo daño a los que me rodean. Mejor cortar el hilo de la vida para que no haya la tentación de herir y poder ser herido. Pero Dios me mira con misericordia y me recuerda hoy que soy una persona preciosa a sus ojos. Mira mi alma y me dice que es muy bella. Me pide que no tenga miedo de mí mismo, que no me asombre al ver mi fragilidad. Que no me sorprenda al contemplar mi pecado. Soy capaz de lo peor, lo sé y puedo guardar en mi alma un odio inmenso y una rabia infinita. Pero eso no hace que no valga para nada. No soy solo mi pecado. Soy mucho más. Soy un corazón con una fuerza inmensa para amar y entregarse por entero. Pero la vida me dejó herido y lloro y sangro por esa herida que otros provocaron. Intentaré perdonarlos. A ellos, a mí mismo, para poder empezar yo mi propio camino y sentir así que puedo amar. Que puedo construir un hogar santo desde mi fragilidad, desde mi alma rota. Puedo urdir vínculos sanos aunque sienta que todos mis amores

[1] Paloma Sánchez-Garnica, *Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido*

están heridos. Puedo, si dejo que Dios me cubra con su poder, con su misericordia y me permita creer en mí mismo. Hoy me levanto y me perdono por todo lo que hago mal. Y le pido a Dios la gracia para perdonar a los que me han hecho daño. Y también esa gracia de poder perdonar al mismo Dios por lo que no ha sido posible en mi propia vida. Por los planes frustrados, por los sucesos que me han dolido, por las pérdidas y las ausencias. Dios me mira conmovido. **Sabe la grandeza que esconden mis miedos. Y me susurra cuánto me quiere.**

Creo que lo mío es medir, contar, calcular, hacer planes, llevar cuentas. Si no voy a poder hacer algo, mejor no prometo hacerlo. Si no veo opción de vivir de una determinada manera, no me comprometo a vivir así. Prefiero sólo decir que hago lo que puedo hacer, no mucho más, tampoco menos. Quizás me falta una mirada más de Dios, más sobrenatural sobre la vida. Me gustaría tener la fe del profeta Elías que le dijo a una viuda en un tiempo de hambre: «*No temas. Entra y haz como has dicho, pero antes prepárame con la harina una pequeña torta y tráemela. Para ti y tu hijo la harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: - La orza de harina no se vaciará la alcuza de aceite no se agotará hasta el día en que el Señor conceda lluvias sobre la tierra*». Le promete lo imposible, que no se agotará lo que tiene. Me dice Dios que no tema, cuando regale todo sin medir, sin reservarme nada, sin guardarme para una ocasión mejor. Me lo dice cuando escasea la comida y tengo hambre. Y lo bonito es que la viuda está dispuesta a darlo todo muriendo en el intento: «*Vive el Señor, tu Dios, que no me queda pan cocido; solo un puñado de harina en la orza y un poco de aceite en la alcuza. Estoy recogiendo un par de palos, entraré y prepararé el pan para mí y mi hijo, lo comeremos y luego moriremos*». Es bonita esa actitud de entrega. No duda, no tiene miedo de morir por ser generosa. Simplemente lo da todo. Lo que tiene, lo que no tiene. A menudo yo calculo demasiado. No quiero perderlo todo, me gusta invertir las cosas para sacar beneficios o al menos no perder nada de lo que tengo. Tengo miedo. Calculo porque me asusta salir perdiendo. No me fío totalmente de Dios. Hoy repito en el salmo: «*El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente*». La fidelidad de Dios se manifiesta con el débil, con el desprotegido, con aquel que no tiene nada ni a nadie que lo defienda. La fidelidad de Dios surge cuando yo creo que nada va a salir bien. Entonces Dios se eleva por encima de mis miedos y hace posible lo imposible. Esa fe me falta. Quiero creer en su poder, en su fidelidad, en su amor eterno que es más fuerte que mi amor mezquino y pequeño. La fidelidad es un valor muy grande. Ser fiel en los momentos difíciles, no sólo cuando todo va bien. Fiel dando todo lo que soy, todo lo que tengo en mi corazón. Así es Dios. Él me ama siempre, haga lo que haga. Se mantiene al pie de mi dolor. Me sostiene cuando creo que ya no hay esperanza. Esa mirada sobre Dios es la que me da ánimos, la que me sostiene. Me cuesta más creer en la fidelidad de las personas, más incluso en la mía. Siento que fallo y no estoy a la altura muchas veces. Soy débil y torpe. Y los demás también tienen sus cosas. No me dejo querer por ellos, como si no los necesitara. Como si no me hicieran falta para seguir adelante. Y ahuyento a mi amigo, a mi hermano, mostrándome capaz de hacerlo todo solo, sin ayuda de nadie. Y todo es porque no acabo de creer en el amor incondicional y siempre fiel. Dudo que me quieran en toda circunstancia. De alguna forma se vaciará de amor su corazón y entonces me quedaré yo también vacío y solo. Prefiero cerrar de antemano la posibilidad de un desengaño. No me ilusiono, no espero nada, no me imagino que los demás van a estar conmigo siempre. He visto demasiadas veces el abandono y el desprecio. Mi herida se reabre y no creo en la fidelidad. Ni en la mía, ni en la de nadie que prometa amor eterno. Algún día se cansarán, pienso. En algún momento se cruzará algo en su camino y dejarán de tener tan firmes convicciones. Leía el otro día unas palabras de Jorge Luis Borges: «*Que la verdadera amistad si existe, pero no es fácil encontrarla. Que quien te ama te lo demostrará siempre sin necesidad de que se lo pidas. Que ser fiel no es una obligación sino un verdadero placer cuando el amor es el dueño de ti. Eso es vivir…*». Esa fidelidad humana es en la que quiero creer. Porque es reflejo de la fidelidad de Dios. Incluso conociendo las infidelidades de los hombres, tantas y sin pudor. Mis propias infidelidades. Aún siendo consciente de lo frágil que es el corazón humano. Dios vuelve a confiar en el corazón humano, en su fidelidad, en su capacidad de reinventarse y luchar hasta el extremo. Vuelve a creer que yo mismo puedo ser fiel incluso cuando me faltan las fuerzas y creo que no voy a llegar al final del camino. Es la voz de Dios la que me levanta. Oigo su voz pronunciando mi nombre. Me llama para que corra a su lado, sorteando obstáculos, confiando hasta

el extremo. Dios es fiel y su fidelidad me hará fiel. No merezco su amor, es sólo un don, un regalo. **Pero su amor me sana cuando no deja de mirarme con misericordia.**

Me gusta Jesús cuando me mira y me revela mi verdad. Me siento como uno de esos escribas de los que hoy habla Jesús: «*¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en las plazas, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas y aparentan hacer largas oraciones*». Critica esas actitudes de los fariseos. Se sentían seguros y poderosos. Miraban altivos. Tenían la sabiduría de Dios en sus manos y se sentaban orgullosos en lugares privilegiados. Como si Dios los mirara complacido, orgulloso de sus hijos. ¿Cómo me mira Dios a mí? En ocasiones siento que mis actos tienen tanto poder que pueden influir en el ánimo de Dios. Yo hago que Dios se enoje conmigo y arda en cólera cuando no actúo con justicia o mis pecados hieren al débil. Yo logro que Jesús sonría complacido y feliz al ver mis buenas obras. ¿Tengo tanto poder con mi comportamiento? ¿Cómo es Dios? No lo sé. Siempre que pienso en el Dios de mi vida me reconozco incapaz de definirlo, de encuadrarlo en mis medidas. Quiero ponerle límites con mis nombres, con mis experiencias. Para controlarlo mejor a Él y tener así un cierto control sobre mi propia vida. Un Dios a la medida de mi corazón es más fácil. Un Dios adaptado a mi tamaño. Pequeño como yo, moldeable. Un Dios hecho con manos humanas. Un Dios impotente y frágil. Y yo, mientras tanto, soy poderoso. El orgullo y la vanidad de cumplir con sus mandamientos pueden alejarme de Él en lugar de acercarme, porque cuando lo hago todo bien ya no me hace falta su presencia. Yo puedo solo, soy digno, sabio y poderoso. Y los demás me deben pleitesía, pueden rendirse a mis pies y me siento bien cuando recibo alabanzas y todo tipo de halagos. La vanidad me envenena. Puedo salvarme solo y entonces el cielo es el pago por mis servicios. Tengo derecho a entrar y nadie puede detenerme. No necesito a Dios para entrar en el cielo. Seguro que Él está feliz conmigo. Creo que ese perfeccionismo que construyo con mis fuerzas es lo que más daño me hace. Quiero reflejar una imagen impoluta, perfecta. Bien peinado, bien vestido. Siempre con la palabra correcta en la boca. Todo lo sé, todo lo he visto, todo lo controlo. No me da miedo nada porque está todo bajo mi mirada. Nada se me escapa. ¿No tengo el peligro de llegar a pensar así y querer ser como Dios? Puedo comulgar porque he cumplido con todo, lo hago todo bien y Dios sonríe, orgulloso de mí, seguro y me da mi premio. Esa imagen es la que destilan los fariseos. Ellos juzgan lo que está bien y lo que está mal. Condenan a los pecadores, expulsan a los infieles. Ellos simplemente dan ejemplo porque son dignos. Sus oraciones valen más y sus actos son los que siembran santidad. ¿Quiénes son de verdad los santos? ¿Los que lo hacen todo bien? ¿Los que no cometen nunca errores? Ese concepto de santidad me abruma y me aleja de Dios y de la Iglesia. Si la santidad pasa por cumplir siempre y no caer nunca no me siento llamado a vivir así. No puedo lograrlo y me desespero. Entonces miro a Dios con dolor por no haberme hecho perfecto y fuerte. Soy débil y peco. Y resulta que no soy más santo cuando me alejo del mundo, huyendo de las tentaciones. Quiero ser santo cubierto del barro de esta vida, de la debilidad de los hombres con los que camino, que es mi propia debilidad. No es una santidad espiritual que me aparta de mi vida concreta, de mi propia carne frágil. Decía el P. Kentenich: «*Tenemos que cuidar de que, por nuestra aspiración a la santidad, no perdamos nuestra naturalidad, no nos volvamos inútiles para la vida concreta. ¡Cuántas veces se dice: este hombre es religioso, por eso no me sirve para mi comercio!*»[2]. No me siento por encima de nadie. No me siento más cerca de Dios. Sólo creo que Dios me ha dado un camino para vivir a su lado. Y yo puedo hacerlo mal y no valorar que es Él quien me hace santo y no yo con mi comportamiento impecable. Es Él quien se agacha sobre mí, caído en mis debilidades, y me lleva hasta su pecho para abrazarme conmovido, colgado sobre sus hombros. Le conmueve mi mirada desvalida mientras me preocupo del más débil. Me agradece mi actitud misericordiosa con el que necesita amor y aceptación. Le conmueve verse en mis manos cuando acompaño al caído. Y no le gustan ni mi orgullo ni mi vanidad cuando siento que soy mejor que muchos. Mi humildad es lo que me salva. La conciencia de ser elegido y amado por Dios es lo que me levanta. Lo que me impulsa a querer dar la vida. No siempre sabré exactamente lo que Dios desea de mí. Tendré dudas, me confundiré. Me dejaré llevar por mis pasiones y afectos desordenados. No lograré poner orden dentro de mí. Pero Dios no me deja, no se desentiende de mí. No me abandona en medio de la lucha. Me busca, me persigue y me abraza para que luche. Con humildad. Los santos humildes son los que

[2] J. Kentenich, *Lunes por la tarde,Tomo 2: Caminar con Dios a lo largo del día*

convencen. Los de andar por casa que no han realizado grandes milagros. Los sencillos de corazón grande. Los que escuchan más de lo que hablan. Los que no se sienten especiales y no alardean de sus obras. Los que han probado la derrota sin perder la esperanza. Los que más que intentar hacerlo todo bien luchan por hacerlo todo con amor. El santo se abaja sobre el débil, levanta al caído y sostiene al que duda. El santo es de carne y hueso, se rebela contra la injusticia y no tiene respuesta para todo. El santo es derrotado y no dejan de creer en la victoria final. **Dios es quien me salva**.

Jesús se fija en una viuda que da su limosna. Está sentado en el templo y observa lo que la mayoría de los creyentes deja como ofrenda: «*Estando Jesús sentado enfrente del tesoro del templo, observaba a la gente que iba echando dinero. Muchos ricos echaban mucho; se acercó una viuda pobre y echó dos monedillas, es decir, un cuadrante. Llamando a sus discípulos, les dijo: - En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir*». En ocasiones puedo valorar más al que más da. Y normalmente es porque es el que más tiene. Muchos dan mucho y Jesús los mira. No los juzga, no los critica. Valora lo mucho que dan. Porque es muy valioso que el que mucho tiene pueda dar mucho. Los ricos que son generosos son un testimonio, un ejemplo. Porque a veces el que mucho tiene es el que menos da. Se lo guarda todo y por eso conserva lo que ha ganado, no lo pierde. Esa mentalidad es la que Jesús sí condena, cuando me guardo mis talentos, mis dones, lo que Dios ha hecho crecer entre mis manos. No es evidente ser generoso con lo que tengo, sea mucho o poco. No por tener suficiente para mí y para los míos lo entrego. Tengo miedo a perder, a que vengan tiempos más difíciles. Y me asusto, no confío y guardo para tener más. Busco siempre mi interés y no miro a quien le falta. No me preocupa. Y entonces, ante los ojos de Jesús, aparece una viuda. Las viudas son sobrevivientes. Tienen que salir adelante en la vida en situaciones muy adversas. Necesitan ayuda para vivir con tranquilidad. Viven de la caridad de la sociedad que las contempla con misericordia. Están solas y necesitan ayuda. María también se quedó viuda. José murió antes. Una viuda en Israel necesita de la ayuda de su prójimo. Pero en este caso la viuda no pide ayuda, sino que la da. Entrega su ofrenda generosa en el templo. Da, no lo que le sobra, sino lo que incluso le falta. Quizás ofrece lo que tenía para vivir. Y Jesús se asombra. Ella ha echado todo lo que tenía. Jesús no lo deja pasar. Destaca su generosidad y años después los evangelistas lo recuerdan. Esas palabras quedaron grabadas en el corazón de sus discípulos. Había entregado todo lo que tenía y por eso era digna de admiración. Yo me guardo las cosas. Siento una honda inseguridad. No quiero perder nada de lo que ahora poseo. No quiero depender de otros, sólo de mí mismo. Esa inseguridad me vuelve desconfiado y receloso. No me dejo regalar y no regalo, no doy. Quizás sí doy lo que me sobra, pero no lo que me hace falta para vivir. No estoy dispuesto a ser tan generoso con mi vida. Sólo doy lo que no necesito. Esa generosidad extrema es la que Jesús me pide. Que dé hasta que me duela. Que no me reserve, que no me guarde pensando en las siguientes batallas. Que lo dé todo en la lucha diaria por vivir. Que no viva haciendo cuentas a ver cuánto puedo arriesgar. La vida es exigente. Pero no tengo que vivir con miedo al vacío, al abandono, al desprecio. Incluso cuando parece que todo puede salir mal, me levanto y sigo luchando y acompañando al que no tiene, a aquel al que le falta más que a mí. Siempre habrá una viuda, alguien más débil que yo, al que pueda ayudar, socorrer, acompañar. Siempre alguien tendrá un dolor más hondo. Esa mirada amplia y abierta hace que deje de pensar en mí. Dejo de mirarme continuamente, dejo de pensar en mi dolor, en mi enfermedad, en mi pérdida. Y pienso en lo que el otro necesita. Entonces puedo darle mi tiempo, mi vida, mi alegría, mi dinero, lo que me hace falta a mí mismo para vivir. La misma comida que tengo preparada para sobrevivir, como la viuda que socorre al profeta Elías. Cuando soy generoso con lo mío Dios no se deja ganar en generosidad. Eso me alegra el corazón. Cuando entrego mi tiempo recibo cien veces más. El alma se queda en paz mirando hacia delante. Dios tiene mucho más reservado para mí. El corazón se alegra confiado. Cuando soy egoísta y mezquino me cierro a la gracia de Dios y también cierro mi alma a los que me piden ayuda. Paso de largo ante ellos. Y no les doy ni siquiera lo que me sobra. Hoy Jesús me invita a ser generoso hasta el extremo. A no medir. A dar sin esperar recibir nada a cambio. Vacío mi alma esperando que sólo Dios la llene. **Él es más generoso y me ama mucho más de lo que yo haya podido amar nunca.**